

MARÍA, DEL DOLOR A LA PLENITUD

El Santo Padre, en su Carta Apostólica sobre El Rosario de la Virgen María, nos invita a contemplar el rostro, o sea la cara de María, a través de los 20 misterios gozosos, dolorosos, gloriosos y luminosos que el nos invita a evocar. Pero mirar el rostro de María, especialmente cuando ella está mirando a su Hijo, como ocurre en varios de estos misterios, es ver el rostro de Cristo reflejado en el rostro de María. Les propongo hacer este ejercicio: detenernos primero en aquellos misterios en que el rostro preocupado, entristecido, angustiado o deshecho de María nos permite contemplar el rostro de Cristo, varón de dolores. Y luego aquellos en los cuales el rostro radiante de María se nos muestra como un puro reflejo de Cristo vencedor del pecado y de la muerte, en la gloria de la Santísima Trinidad. Apoyados en el Santo Rosario vamos a contemplar el rostro de María -reflejo de el de Cristo- desde el dolor hacia la plenitud.

Empecemos por la Presentación de Jesús al Templo y la Purificación de María Santísima. La Iglesia coloca este episodio entre los *misterios gozosos* y cuesta poco imaginarse el rostro radiante de María al entrar al Templo de Jerusalén, llevando a su niño en brazos, acompañada por José, acogida por Simeón y luego por una anciana santa. Y sin embargo hay algo equívoco en esta escena; sobre todo cuando Simeón se dirige a María y le habla de su niño en términos inquietantes: “Muchos en Israel caerán o se levantarán por El. Será un signo discutido. A ti, un espada te traspasará el alma. Y los debates interiores de muchos corazones quedarán desvelados”.

¿Cómo no ver pasar una sombra de dolor y de inquietud por el rostro de María? Como si en una mañana de primavera una nube hubiera por un instante ocultado el sol. María mira al niño y le parece ver también en su rostro una expresión de inquietud. Las

madres no se equivocan al ver el semblante de su niño. Primer encuentro de María con el dolor.

La pérdida del niño en Jerusalén a los 12 años es un dolor angustioso, punzante. Y su encuentro al tercer día en el Templo hará sonreír a María de gozo, pero entre lágrimas. Es la angustia de toda madre cuyo niño se ha extraviado, siendo niño todavía. Es la sorpresa dolorida por el comportamiento de su niño, por primera vez como emancipado, casi descariñado. Es la extrañeza, el hálito de misterio que produce en ella la respuesta del niño. Ni ella ni José entienden pero presienten. Y entonces regresan a Galilea con el niño que ya no es el mismo de antes. ¿Quién hubiera podido filmar la expresión del rostro de María durante esa escena? ¿Y la del niño? Angustia al verlo perdido, felicidad al encontrarlo, extrañeza por su actitud, gozo de tenerlo con ella y con José; y esa memoria que retiene todo, que medita todo, que se somete a todo en la humildad, en la confianza, en el amor.

Los misterios llamados luminosos no tienen características dolorosas o muy pocas. Pero llegamos a los dolorosos y aquí cada uno de ellos nos recuerda el dolor angustioso, lacerante de la madre de Jesús.

Miremos el rostro de María mientras observa, desde lejos y entre las sombras de la noche el rostro de su hijo en agonía. Por primera vez lo ve angustiado, deshecho, lastimoso, suplicando alivio, desconsolado, sin tener a quien recurrir, hasta sus apóstoles duermen mientras El sufre lo indecible. Uno cree ver la agonía del hijo impresa en el rostro de la madre. Ella también está pálida, demacrada, los ojos enrojecidos por el llanto. Y al mismo tiempo aceptando, compartiendo, cooperando con su hijo con amor infinito a El y a todos aquellos por quienes El, por amor, está sufriendo.

Y la vemos ahora, talvez desde fuera del pretorio, oyendo los latigazos que desgarran la piel, la carne, hasta los huesos de su hijo. El no grita pero no puede reprimir un quejido sordo que taladra los oídos de su madre, brutales legionarios romanos se ensañan contra una criatura extenuada, su hijo, su hijo adorado. ¿Por qué? Porque él ama a los pecadores y está pagando por su perdón. Ella también ofrece su dolor moral unido al dolor físico de su hijo por salvar a los pecadores, por amor.

Y ahora lo sacan para afuera: es una sola llaga desde el cuello hasta la cintura. Pero su rostro aun está intacto. Ese rostro es el que van a vejar ahora: salivazos, puñetazos, golpes con una caña, espinas entrelazadas en forma de corona aplastadas sobre su frente ensangrentada y luego burlas, sarcasmos, groserías, blasfemias. Ella lo entrevé, desde lejos con horror y con amor. El sufre la pasión, ella la compasión que casi iguala la pasión. Piensa en el niño adorable que dormía en su humilde cuna en Nazaret. ¿Qué han hecho de él? ¿Y por qué? El amor transforma su dolor en más amor. Ella es ciertamente corredentora porque no solo sufre lo que El sufre sino que lo sufre como El lo sufre: con amor, por amor. Su rostro pálido, desencajado, casi enloquecido expresa, sin embargo, un amor sin límite, un perdón sin límite.

Viene ahora la interminable procesión por las calles de Jerusalén hasta las afueras, hasta el cerrito del Gólgota. El no da más: tropieza, se cae, recibe golpes, insultos, se levanta, se arrastra; la cruz le lacera el hombro herido ya por los azotes. Alcanza a consolar a unas pobres mujeres, a agradecer a quien le refresca el rostro con una toalla húmeda.

María camina por entre la muchedumbre, lo sigue desde lejos con la vista, lívida de dolor, tropezando cuando él tropieza, cayendo cuando él cae y siempre con el mismo

amor generoso. Su hijo nos está salvando y ella quiere participar en esta salvación, igual que El, unida a El, por amor.

Y ahora viene el supremo dolor. El está muriendo. Es cuestión de una hora talvez. Tiene sed. Se siente angustiado, abandonado. Ha alcanzado a perdonar a uno de sus compañeros de suplicio. Ve a su madre intensamente pálida, pero de pié, abrazada talvez de la cruz. Y le pide un último sacrificio. Que el amor que ella le tiene, lo transfiera a Juan, a los apóstoles, a todos nosotros. Algunos comentaristas ven en esta escena el supremo desasimiento. ¿Qué madre acepta que le cambien a su hijo por otro o por otros? ¡Y que sea su mismo hijo quien se lo pida, como si el amor de una madre fuera transferible! María aprieta los labios. Le tiende la mano a Juan. Se la aprieta con las pocas fuerzas que le quedan. Acepta empezar de nuevo a sufrir como madre.

Miremos por última vez su rostro pálido, bañado en lágrimas. El último beso, el último adiós, cuando dejan descansar a su hijo por unos minutos sobre sus rodillas como cuando era niño. Y luego la piedra que cierra la tumba. Y se la llevan sus parientes, sus amigas, los discípulos. Ya no tiene lágrimas para llorar. Una palidez infinita que cubre como una máscara un dolor infinito. Y del medio de ese dolor sin ribera una lucecita inextinguible: la esperanza.

Aquí termina el dolor de María y empieza el camino hacia la plenitud. Viene los misterios gloriosos.

Tratemos de imaginarnos la expresión del rostro de María cuando por primera vez ve a su hijo resucitado. La divinidad del rostro del hijo hace resplandecer el rostro de la madre. Ha rejuvenecido de pronto. Es la esposa del carpintero acogiendo a su casa de Nazaret a su hijo adolescente. Es una sonrisa de gozo infinito, es una ternura indecible,

es un abrazo que sana todas las heridas del corazón y del alma, que borra todas las huellas que el tanto sufrir ha impreso en su cara. ¡Está radiante!.

Pero terminan los días de gloria. El parte al cielo. Pero ella sabe que ha triunfado de la muerte y del pecado y que luego se volverán a ver. Mientras Jesús se aleja mirando a su madre por última vez en este mundo, el rostro de María se transfigura como si ya brillara para ella algo de la visión beatífica. Porque al subir Jesús al cielo, la Santísima Trinidad de alguna manera se hace presente para acogerlo y la luz de la gloria ilumina su rostro y se refleja en el rostro de María, ya resplandeciente.

La venida del Espíritu Santo el día de Pentecostés fue otra invasión de lo divino en el alma de María, un nuevo resplandor de su cara, ahora tranquila y serena. Fue como revivir el día del anuncio del Angel cuando empezó todo. Era una nueva y luminosa entrada de Dios en ella y de ella en Dios.

¿Cómo fue su vida durante los tal vez largos años que aun le tocó vivir? Su rostro es ahora tranquilo, sereno, luminoso; envejecido pero transfigurado por el amor. Y llega por fin la hora de partir. ¡Cómo resplandecería el rostro de María a medida que iba alejándose de este planeta y empezaba a ver la luz inefable de la divinidad y el rostro de su hijo glorificado que la invita y que la acoge, la mas santa de las criaturas, la Virgen sin mancha de pecado, el mas puro e intenso amor de una criatura, la hija predilecta del Padre, la esposa del Espíritu y la madre del Hijo que la toma de las manos del discípulo para llevarla con El ahí donde El está para que contemple su gloria.

El último misterio glorioso nos permite divisarla una vez más radiante en la gloria, coronada como reina y señora de todo lo creado, intercediendo por todos nosotros,

esperándonos y acogiéndonos en el cielo. Eternamente joven, eternamente feliz, eternamente enamorada, eternamente bondadosa, transfigurada por el amor.

María abrió el camino. Nosotros seguimos sus huellas. Tras ella vivimos nuestros misterios gozosos, luminosos, dolorosos y gloriosos. Ella desde el cielo nos tiende las manos y nos sonrío, como una madre que alienta su hijo a caminar. Y nosotros la seguimos, tropezando en los obstáculos de la vida, puesto los ojos en la estrella luminosa que nos guía, confiados en alcanzar la gloria que tanto dolor y tanto amor le costó a su hijo y a ella misma.

+ Bernardino Piñera C.

Arzobispo Emérito de La Serena